

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

LUNES 1º DE SETIEMBRE

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El marimbero

A OCTAVIO JIMÉNEZ A.

EN verdad que hay vidas tristes que están tendidas entre el nacimiento y la muerte, lo mismo que una hebra de dolor entre el huso y las tijeras de las Parcas, y esta de Elías Pizarro es una de ellas.

Elías Pizarro, el muchacho de Filadelfia, la pintoresca población a orillas del Tempisque.

Elías, como el profeta judío que fué arrebatado a los cielos en un carro de fuego y Pizarro, como el atrevido conquistador de los Perús. Pero ante la mísera figura, uno se preguntaba por qué le tocara un nombre evocador de fuerza. Elías Pizarro era pequeño, canijo; la cabeza ridícula con un germen de nariz en medio rostro; ojos extraviados, labio leporino con división en la bóveda palatina, lo cual unido a lo caprichoso de sus fosas nasales lo hacía emitir una voz tan ridícula, que al oírlo por primera vez, los niños y las gentes torpes se echaban a reír como si sintieran que aquella voz les hacía cosquillas en el oído. Su inteligencia era clara y el destino dejó perdido en este espíritu un inmenso deseo de alegría y de amor que me hacía pensar en unas castañetas y en una flauta de plata abandonadas en el rincón de una choza miserable.

Desde niño la burla zumbó en torno suyo implacable y tenaz. Chiquillos y viejos y hasta sus propios hermanos, punzaron siempre sin piedad sus deformidades. Y quién sabe qué imaginación cruel, impresionada por la falta de nariz—admirículo indispensable en la faz humana para disimular la calavera que se esconde bajo la piel—dejó caer sobre la triste figura el mote de *naricetas* con que se le conocía en la vecindad y en los pueblos del contorno.

Pero yo, que cuento parte de su vida, no quiero usar nunca para evocar su memoria este apodo de burla, y me complazco en olvidar su cabeza ridícula, su voz deforme, y me asomo por sus ojos extraviados para contemplar

con amor al artista, al marimbero que se ocultaba dentro de tan infeliz apariencia.

El pobre Elías Pizarro amaba lo bello y lo fuerte y su mirada estropeada se iba tras las buenas mozas sin lograr alcanzarlas. Las palabras de amor expiraban en sus labios convertidas en muecas.

Como era tan debilucho y enclenque, no pudo ser sabanero para lazar toros salvajes en carrera loca, ni lucirse en las fierras, ni galopar por las calles de la villa en los días de pago, con unos cuantos tragos en el buche, espoleando con los talones los ijares de la bestia, contemplado por las morenas muchachas de ojos muy negros y dientes muy blancos.

En más de una ocasión diérale envidia oír entrar por las noches en la casa paterna, de vuelta de la faena, a sus hermanos—apuestos mancebos de piel aceitunada—pisando con orgullo inconsciente el suelo con el desnudo pie y chasqueando los flecos de cuero, adorno de las botas de los sabaneros, que suben hasta el muslo.

Elías Pizarro era el mejor marimbero de muchas leguas a la redonda.

La música de su marimba fué quien logró que el prójimo se reconciliara con su fealdad y hasta la olvidara a ratos.

Su marimba fué su amada y su amiga, ella fué quien ahuyentó la burla de su lado en más de una ocasión, e interpuso entre Elías Pizarro y el aguijón de las bromas torpes, su velo de armonías.

Toda su ansia de alegría encarcelada en su cuerpo desgraciado, todo su anhelo de belleza y de amor, toda su desoladora tristeza, encontraron en su marimba un medio de expresión. Por medio de ella lograba dar voz a la angustia y a la ternura que se quemaban dentro de su corazón, y a los sentimientos que le producía la contemplación de la naturaleza.

Caían los bolillos sobre el teclado, a

veces cual piedras lanzadas por mano furiosa contra la quietud de un remanso, y al punto saltaba la música en lamentos y todo lo aspergeaba de dolientes melodías; a veces lo rozaban apenas, lo mismo que el ala de las garzas la superficie del río a la hora en que el crepúsculo va ungiendo el paisaje de paz. O bien cantaban el hondo deseo de sentirse amado; de pronunciar la palabra tierna que trata de posarse en el oído adorado con la levedad de la mariposa sobre una flor; o describían el beso del amante que posee o la desesperación del hombre despreciado.

Además, Elías Pizarro sabía fabricar marimbas. Nadie como él para dar a la caoba o al laurel macho aquella sonoridad de fino cristal que vibraría al golpe leve de una gota de rocío.

Le gustaba trabajar sus marimbas por las tardes: en el invierno se retiraba en un rincón de la gran cocina de la casa paterna y labraba las teclas mientras las llamas danzaban sobre los leños del hogar y el río desbordado pasaba mugiendo; en el verano se sentaba embebido en su labor, bajo el añoso genízaro que sombreaba la entrada y entre cuyo follaje gris el viento murmuraba cosas misteriosas y dulces.

Y el corazón se sentía inundado de una inefable emoción, al contemplar aquella pobre cabeza inclinada con amor sobre las teclas, probando su sonoridad hasta hacerlas dar la nota deseada, transparente, pura. Cada uno de los pedacitos de caoba sería fina copa en donde el misterio de la música rebosaría y se derramaría, tal un mágico licor que embriagaría las almas y pondría ritmo en los más groseros pies.

El mismo había plantado en el patio de su casa unas semillas de jícara traídas de Nicaragua, e hizo una hermosa barbacoa para que la planta se extendiera a su antojo. Los frutos largos, casi cilíndricos, pendían bajo la enramada. Los jugos de la tierra los henchían, el sol endurecía la cáscara e iba dorando los morenos vasos. Elías escogía los que le parecían más a propósito y los otros los dejaba para que la madre enriqueciera la vajilla de la casa. Una vez despojados de la

pulpa y completamente secos, eran bruñidos por sus manos. Luego los alineaba en cierto orden, bajo el teclado montado en un marco de madera, y allí los dejaba como una hilera de cantaritos puestos a colmarse en una fuente de sonidos. Sus dedos tornábanse minuciosos y delicados para colocar el pellejito cortado de la parte mas sucia de las tripas de gallina, sobre el agujero practicado en cada jícara; y la grosera membranilla quedaba lista para vibrar cuando la música brotara del beso o del golpe de los bolillos sobre el teclado. Con igual interés buscaba la cera para dar el tono y conseguía el hule crudo y los palitos para los bolillos.

Del conjunto saldrían los compases que pondrían a danzar a la gente joven y a la gente vieja con bríos. La alegría desolada dentro de su ser, salía y se rogocijaba sobre la marimba y se revolcaba entre las melodías que brotaban de ella como un niño sobre la hierba fresca de un prado bajo el cielo azul.

Elías Pizarro también era compositor y él hacía repetir a su marimba las armonías sorprendidas en el corazón del bosque, cuando el viento se mete entre las bóvedas del follaje inquietando a las criaturas de la selva para que despierten al amor, o cuando galopa sobre los altos zacatales entre los cuales asoma apenas la cornamenta del ganado; o bien las que escuchara en el murmullo—que a veces parece la palpitation del silencio—con que se desliza hacia el mar la majestuosa mansedumbre del Tempisque en el verano, o las que había en el hondo rugido con que el río corre en la estación de las lluvias, cuando inunda devastador los campos.

* *

Pero un acontecimiento movido por intereses desconocidos para él, y que parecían muy lejanos de esta vida mísera, vino a desviar el único rayo de sol que entraba en una morada desdeñada por el amor y la esperanza.

Fué en tiempo de los Tinoco, cuando la revolución del Sapoá,

Los hermanos Tinocos y el grupo de cortesanos que los ayudaban a sostenerse—ya por temor, ya por que así convenía a su vulgar egoísmo—alistó por medio del terror un ejército para que marchara a hacer frente a los insurrectos del Sapoá, y la tiranía pudiese seguir robando impunemente en el poder.

Entre las tropas que salieron del Guanacaste a defender el estúpido despotismo que asolaba el país, iba Elías Pizarro, quien no logró librarse a pesar de su encanijamiento y deformidad.

¿Qué fué de muchos de esos pobres

campesinos arrebatados a su hogar y a sus campos? Nadie ha dado nunca cuenta de su muerte, y a pesar de haber transcurrido algunos años sin noticias tuyas, yo sé que más de una, entre las familias de esos desaparecidos, esperan inocentes! ver trasponer el umbral, de un momento a otro, al padre, al esposo, al hijo, cuyos huesos se hacen polvo en las tierras del Jobo o de Conventillos.

En el combate de Conventillos, la metralla se llevó los dos brazos de Elías Pizarro.

* *

Pasó el tiempo. La calma había vuelto al país con la caída de los Tinocos y los rebeldes pudieron tornar a su patria, gloriosos por su esfuerzo.

Pero Elías Pizarro no había regresado a Filadelfia. Tuvo que quedarse en un rancho en donde se recogió por caridad, incapaz de moverse. Su familia nunca trató de averiguar su suerte.

¿Por qué permitió el destino, que lejos de toda asistencia médica, en medio de la suciedad, ni la hemorragia ni la gangrena acabasen con este harapo de vida?

El caso es que a los cinco meses de haberse restablecido el orden en el

Doctor Constantino Herdocia

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano" se venden las siguientes:

Presbítero Pallais: <i>Caminos</i> (poe-sías) 1 vol. rústica	4.00
Kahlil Gibrán: <i>El loco</i>	1.00
Paul Geraldv: <i>Tú y Yo</i>	1.00
Azorín: <i>El chirrión de los políticos</i>	3.00
R. Rolland: <i>Vidas ejemplares</i> (Beethoven, Miguel Angel, Tolstoi) (1 tomo pasta)	3.00
Homero: <i>Iltada</i> (2 tms., pasta)	6.00
Longfellow: <i>Evangelina</i> , Trad. en prosa de R. Merchán	1.20
Tolstoi: <i>Los Evangelios</i> (1 tomo pasta)	3.00
Dante: <i>La Divina Comedia</i> (1 tomo pasta)	3.00
Plutarco: <i>Vidas Paralelas</i> (2 tomos pasta)	6.00
Platón: <i>Diálogos</i> (3 tms. pasta)	9.00
Fray Luis de León: <i>Poemas originales</i>	1.25
Arturo Borja: <i>La flauta de bñix</i>	2.00
Luis Carlos López: <i>Por el atajo</i>	5.00
B. Contreras: <i>Antología de poetas italianos</i>	0.75
Eurípides: <i>Tragedias</i> (un tomo, pasta)	3.00

país, un día, al oscurecer, entró el muchacho en la casa paterna. Había venido por senderos excusados y se metió en la cocina por el corral.

Junto al fogón dormitaba la vieja y se oía reír a las muchachas bajo el genízaro de la entrada.

Las mangas de la camisa andrajosa y sucia, pendían vacías a los lados del tronco desmedrado, y la brisa que entraba y salía a su antojo por las puertas abiertas, agitaba burlona aquellos colgajos.

Elías buscó con la mirada su marimba. Allí estaba en su rincón, y a la indecisa claridad de la tarde, parecía una gran perra recién parida, grandota y esquelética que anduviera husmeando con las ubres colgantes.

El se le acercó y el viento balanceó las mangas vacías sobre el teclado.

Elías Pizarro se arrodilló ante la marimba y se puso a besarla.

Un quejido salió de su pecho, pero al pasar por su laringe, transformóse en una especie de gruñido.

La viejecilla despertó.

—¿Quién anda ahí?—preguntó asustada. Con su modo de hablar fantástico y gutural. Elías contestó:

—Soy yo.

—¿Es verdad que te quedaste sin brazos?—dijo la madre desperezándose con indiferencia. Y luego añadió:

—¡Y ora quien te va a mantener?

El mozo no respondió. Volvió a salir por donde entrara, y arrastrando los pies se dirigió al pastizal que pertenecía a la casa y que comenzaba en los linderos del pueblo, a la orilla del río. Internose en la pradera cuyo verde claro comenzaba a ensombrecerse. De rato en rato surgía de entre los altos zacatales, la cornamenta de un toro que pastaba oculto entre la hierba: levantaba hacia el cielo su hocico húmedo y lanzaba un bramido de enamorado impaciente. Quizá creía que allá arriba, hacia el poniente, en donde brillaba la luna nueva, una vaquita núbil, oculta entre el campo violeta, asomaba sus cachitos de plata.

La brisa pasaba su caricia sobre los flexibles tallos del zacate de guinea que se doblegaban dóciles y voluptuosos. También hacía flamear las mangas vacías de la camisa de Elías Pizarro.

En el oriente, las estrellas eran capullos de luz que se iban abriendo tímidos y tiernos.

Elías Pizarro se acercó al río.

¿Iría arrojarse en su corriente?

No, ni por un instante le pasó esta idea por la cabeza. Se tendió en un lugar en donde la hierba estaba recién cortada, y con la cara pegada al suelo se puso a sollozar.

CARMEN LIRA

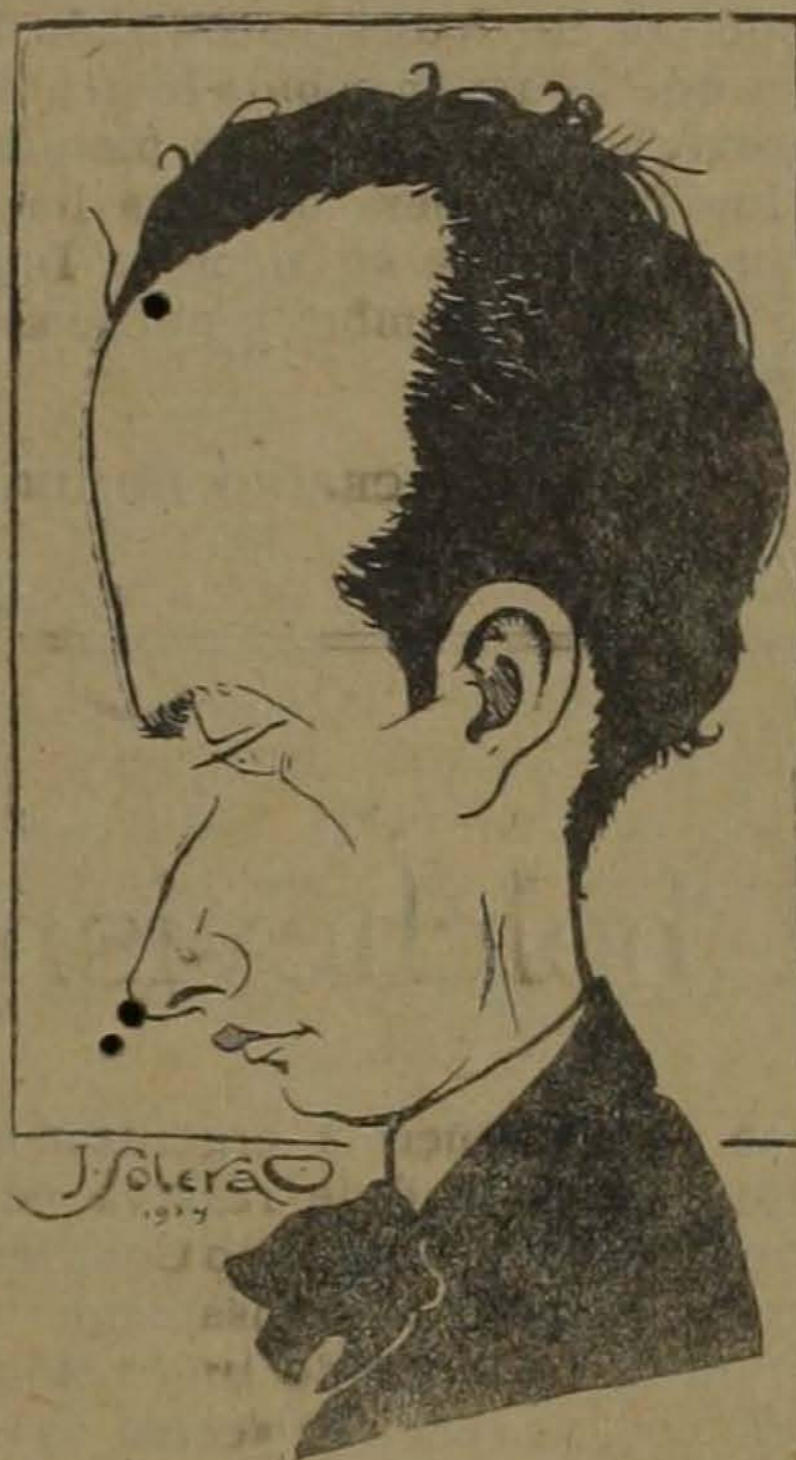
ENSEÑANZAS

Ser hombres

UNA de las personalidades más caracterizadas del laborismo inglés, Sydney Webb, pronunció hace breves días una conferencia. La conferencia, que se celebró en una sala reducida y tuvo tono confidencial, amical, se dirigió a los estudiantes que habían terminado ya sus estudios y que iban a marchar por distintos caminos en la vida. «Debéis, ante todo, por encima de todo—les dijo repetidas veces Sydney Webb—, ser hombres de vuestro tiempo». Los estudiantes—anotan los relatos— aplaudían emocionadamente este consejo cada vez que, como un estribillo del discurso, aparecía en los labios del orador.

«Ser hombres de vuestro tiempo». Ninguna invocación de más alto sentido histórico y de más rica substancia ética puede dirigirse a las multitudes y a las selecciones, a las democracias y a las aristocracias de todos los pueblos:

«Ser hombres de vuestro tiempo». Ser hombres de vuestro tiempo significa, primero, ser hombres. Ser hombres, que no equivale a vestir de hombres y a llamarse hombres, sino a serlo: a ser hombres. Dejan de ser hombres quienes se encenagan en infectos vicios y pierden en ellos la salud, la inteligencia, la dignidad humana, y dejan de rendir, por dilapidar las energías, la obra que a las energías de los hombres se pide. Pero dejan aún más de ser hombres quienes no sienten como imperativos de la conducta las virtudes que son el tesoro moral y la característica de superioridad de los hombres. Los esclavos no eran hombres; de serlo, no se habrían sometido al látigo, a la cadena, a la servidumbre pasiva y callada. Los rusos que llamaban *padrecito* al zar no eran hombres: de serlo, habrían reclamado los derechos de su ciudadanía. «Vale más ser perro que ser hombre y verse atropellado», escribe Yhering. Lo que prueba que se deja de ser hombre y es enaltecedor ser perro cuando se sufren humillantes postergaciones. Ser hombre, por ello quiere decir ser soberano; tener valor para reclamar la soberanía cuando ésta ha sido detentada. No tener apego a la vida y retenerla aun viéndola infamada, sino tener amor a ella: amor, que es enaltecimiento constante de ella, decisión de perderla estoicamente, cuando conservarla sin lucha es conservarla con vilipendio; cuando no ponerla heroicamente al servicio de un ideal, es sacrificarla bajamente a los beneficios egoístas de un interés. «Vivir no importa—decía el poeta—; lo que importa es navegar». Navegar, que quiere decir marchar



El caricaturista VARGAS ARCE

(Visto por J. SOLERA O., de Alajue—
la también, y que mucho promete)

hacia adelante, aventurarse, correr riesgos, columbrar nuevos horizontes, acercarse a ellos. Ser hombres, en fin, como diría Unamuno, es nada menos que ser hombres. ¿Se sienten hombres los pobladores de todas las latitudes de la Tierra? ¿Podría considerarse como hombres a todos los que visten de hombres y figuran como hombres en los censos de población? «Nosotros fuimos unos hombres», pudieran decir a sus nietos—los que se embarcaron en los puertos de Cuba con Hernán Cortés para ir a la conquista de Méjico.

«Nosotros procedimos como hombres», pudieron repetir quienes acompañaron a Cronwell en la defensa de los derechos del Parlamento. «Nosotros nos condujimos como hombres», podrían gritar quienes hayan sido actores en el drama de la guerra europea. ¡Ser hombres! Uno de los remordimientos que debe lacerar toda conciencia sensible es la de no haber procedido como hombres en determinados momentos de la vida. Si uno de los anatemas que más debe herir a un pueblo o a una generación es la acusación de no ser hombres, los que se llamaron o se llaman así, ¿cómo no debe herir el anatema de acusación de no ser siquiera hombres, de no ser hombres, en momentos en que los hombres necesitaban elevarse a la encendida categoría de héroes para cumplir plenamente su deber?

Pero Sydney Webb no les recomienda a sus oyentes que sean hombres, sino que, además de ser hombres, lo sean de su tiempo. Fueron hombres nuestros héroes del 2 de Mayo; pero, ¿fueron hombres de su tiempo? Ser hombres de su tiempo significa responder a los imperativos del tiempo que se vive. No es este tiempo de hoy, tiempo de guerra, sino de paz; no es tiempo de destrucción, sino de edificación; no es tiempo de autocracias, sino de democracias; no es tiempo de dar al Estado nuevas funciones, sino de habilitar los órganos que en la sociedad existan para cumplir las funciones que antes se atribuían al Estado; no es tiempo de nacionalismos, sino de internacionalismos; no es tiempo de vivir del tesoro pretérito, sino de crear el tesoro para lo futuro; no es tiempo de recoger frutos, sino de sembrar para que otros recojan, no es tiempo de anular las energías personales en nombre de una razón colectiva, sino en nombre de esta razón colectiva desenvolver las energías personales; no es tiempo de obediencia

EL MEJOR TALCO

Delicioso perfume

Antiséptico

Uselo usted

PÍDALO

en todas las BOTICAS



pasiva, sino de colaboración activa: no es tiempo de dejar hacer y de dejar pasar, sino de hacer lo que se deba y de no dejar pasar un segundo sin una obra; no es tiempo de cruzar la vida como quien cruza un valle de lágrimas o una zona de placeres, sino como quien entra en un mundo de responsabilidades y exigencias. Ser hombres de nuestro tiempo es ser dueños de un tiempo fecundo en posibilidades e imperativo en deberes y no perder una posibilidad ni desatender un deber. Ser hombres de nuestro tiempo, en definitiva, es no ser, como hombres,

inferiores al tiempo que se vive; es ser guía de él; es llevarlo hasta allí donde él tenga alientos de llegar o sobrepasar su empuje con el aliento de los hombres; es no quedar un tiempo frustrado por no haber encontrado hombres que lo hayan sabido interpretar y aprovechar en su máxima plenitud.

Inglaterra quiere que sus hombres sean hombres de su tiempo. Inglaterra está en la cumbre y puede aspirar a estos deseos.

MARCELINO DOMINGO.

(La Libertad, Madrid).

IMPRESIONES DE RUSIA

Las reservas del bolchevismo

Siete años de esfuerzo titánico han ido agotando poco a poco las energías de la generación que hizo la revolución. Nadie desde fuera puede formarse una idea aproximada de la tensión en que han vivido estos hombres. Comparado con la tarea de más tarde, el asalto del Poder en 1917 resulta casi el capítulo más fácil. Si cambiar de un solo golpe la contextura política, económica y social de un país de 130 millones de habitantes les ha parecido a muchos una empresa sobrehumana, ¿cómo calificar esta capacidad de resistencia, esta tenacidad sin límites, que les permite mantenerse después a través de todas las crisis? Tentativas contrarrevolucionarias, intervenciones extranjeras, levantamientos de campesinos, bloqueo, hambre, epidemias, el eterno problema del dinero!, disensiones dentro del propio partido—no ha habido problema ni conflicto que pueda presentarse a un Gobierno, que no haya tenido que afrontar en los últimos siete años el régimen bolchevique.

Es natural que los hombres de esa generación den, cuando se habla con ellos, una marcada impresión de fatiga. «Las gentes de nuestra edad—me decía un intelectual comunista de unos cuarenta años—están cansadas, deshechas. Además, nuestra generación se halla demasiado intoxicada por la antigua ideología. Hay que confiar en los jóvenes, ellos salvarán la revolución».

Desde el primer momento el Gobierno bolchevique había dedicado al problema de la formación espiritual de la juventud, en un sentido comunista, la mayor atención, apoyando bajo todos los aspectos, a veces a costa de las otras ramas del presupuesto, el programa cultural del comisario de Esclarecimiento público, Lunatschanski.

Pero, la tendencia a organizar la juventud en calidad de reserva política es más reciente. El último Congreso del partido debatió extensamente sobre ese punto, adoptando una resolución en la cual se señalaba «como la cuestión más importante del momento la propaganda entre la juventud, en particular en las Universidades».

La Federación de Juventudes comunistas, *Komsomol*, como se la denomina en Rusia, conforme a la generalizada costumbre de abreviar la nomenclatura, comprende ya 400,000 afiliados de diez y seis a veintitrés años. Es una organización autónoma, con sus Comités especiales en las fábricas y en las Universidades. En las fábricas de Petersburgo, por ejemplo, se ve en las horas libres a los estudiantes de la Universidad Zinovieff, la Universidad del partido, mezclados con los obreros, instruyéndose recíprocamente en la ideología proletaria.

Decíamos que el *Komsomol* era una organización autónoma, lo cual no excluye que políticamente sea el partido comunista quien la dirija y la oriente. Pueden pertenecer a ella jóvenes revolucionarios de todas las tendencias, aunque los comunistas forman naturalmente la mayoría. Bajo la dirección inmediata del *Komsomol* se halla el Movimiento Infantil, que reúne a afiliados de ambos sexos, entre diez y catorce años. De esa manera el régimen bolchevique prepara a los hombres de mañana.

Gran parte de la juventud simpatiza con Trotsky, pero desde arriba hácese todo lo posible por orientarla en la actual dirección del partido. El *Komsomol* es actualmente un factor importantísimo en la política rusa. Esta juventud capaz de todos los sacrificios, que vive de un pedazo de pan y de té si es necesario, animada de un gran espíritu de lucha, es una enorme fuerza que debe tenerse en cuenta al juzgar las diversas posibilidades del proceso futuro de Rusia.

JULIO ALVAREZ DEL VAYO.

(El Sol, Madrid).

Dr. Alejandro Montero S.

MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899.

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho: 50 varas al Norte del Banco Internacional.

Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO

de la Facultad de Medicina de París

Horas de consulta: de 2 a 4 p. m.

25 varas al NO. de la Artillería.

TELÉFONO N° 899

Quien habla de la

CERVECERIA TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

ger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

REFRESCOS
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-

SIROPES
Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLÁ DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE

COSTA RICA



LA EDAD DE ORO

41.—La abeja

haragana.

Había una vez en una colmena una abeja que no quería trabajar. Es decir, recorría los árboles uno por uno para tomar el jugo de las flores; pero en vez de conservarlo para convertirlo en miel, se lo tomaba del todo.

Era, pues, una abeja haragana. Todas las mañanas, apenas el sol calentaba el aire, la abejita se asomaba a la puerta de la colmena, veía que hacía buen tiempo, se peinaba con las patas, como hacen las moscas, y echaba entonces a volar, muy contenta del lindo día. Zumbaba muerta de gusto de flor en flor, entraba en la colmena, volvía a salir, y así se lo pasaba todo el día, mientras las otras abejas se mataban trabajando para llenar la colmena de miel, porque la miel es el alimento de las abejas recién nacidas.

Como las abejas son muy serias, comenzaron a disgustarse con el proceder de la hermana haragana. En la puerta de las colmenas hay siempre una cuantas abejas que están de guardia, para cuidar que no entren bichos en la colmena. Estas abejas suelen ser muy viejas, con gran experiencia de la vida, y tienen el lomo pelado porque han perdido los pelos de tanto rozar contra la puerta de la colmena.

Un día, pues, detuvieron a la abeja haragana cuando iba a entrar, diciéndole:

—Compañera: es necesario que trabajes, porque todas las abejas debemos trabajar.

La abejita contestó:

—Yo ando todo el día volando, y me canso mucho!

—No es cuestión de que te canses mucho—le respondieron—sino de que trabajes un poco. Es la primera advertencia que te hacemos.

Y diciendo así la dejaron pasar.

Pero la abeja haragana no se corregía. De modo que a la tarde siguiente, las abejas que estaban de guardia le dijeron:

—Hay que trabajar, hermana.

Y ella respondió en seguida:

—¡Uno de estos días lo voy a hacer!

—No es cuestión de que lo hagas uno de estos días—le respondieron—sino mañana mismo.—Acuérdate de esto.

Y la dejaron pasar.

Al anoecer siguiente se repitió la misma cosa. Antes que le dijeran nada, la abejita, exclamó:

—Sí, sí, hermanas! Ya me acuerdo de lo que he prometido!

—No es cuestión de que te acuerdes de lo prometido—le respondieron—sino de que trabajes. Hoy es 19 de abril. Pues bien: trata de que mañana, 20, hayas traído una gota siquiera de miel. Y ahora pasa.

Y diciendo esto se apartaron para dejarla entrar.

Pero el 20 de abril pasó en vano como todos los demás. Con la diferencia de que al caer el sol el tiempo se descompuso y comenzó a soplar un viento frío.

La abejita haragana voló apresurada hacia su colmena, pensando en lo calentito que estaría allá adentro. Pero cuando quiso entrar, las abejas que estaban de guardia se lo impidieron.

—No se entra—le dijeron fríamente.

—¡Yo quiero entrar!—clamó la abejita.—Esta es mi colmena.

—Esta es la colmena de una pobres abejas trabaja-

doras—le contestaron las otras.—No hay entrada para las haraganas.

—¡Mañana sin falta voy a trabajar!—insistió la abejita.

—No hay mañana para las que no trabajan—respondieron las abejas, que saben mucha filosofía.

Y esto diciendo la empujaron afuera.

La abejita, sin saber qué hacer, voló un rato aún; pero ya la noche caía, y se veía apenas. Quiso cogerse de una hoja, y cayó al suelo. Tenía el cuerpo entumecido por el aire frío, y no podía volar más.

Arrastrándose entonces por el suelo, trepando y bajando de los palitos y piedritas, que le parecían montañas, llegó a la puerta de la colmena, a tiempo que comenzaban a caer frías gotas de lluvia.

—¡Ay, mi Dios!—exclamó la desamparada.—Va a llover, y me voy a morir de frío!

Y tentó entrar en la colmena.

Pero de nuevo le cerraron el paso.

—¡Perdón!—gimió la abeja.—Déjenme entrar!

—Ya es tarde—le repondieron.

—¡Por favor, hermanas! ¡Tengo sueño!

—Es más tarde aún.

—¡Compañeras, por piedad! ¡Tengo frío!

—Imposible.

—¡Por última vez! ¡Me voy a morir!

Entonces le dijeron:

—No, no morirás. Aprenderás en una sola noche lo que es el descanso ganado con el trabajo. Vete.

Y la echaron.

Entonces, temblando de frío, con las alas mojadas y tropezando, la abeja se arrastró, se arrastró, hasta que de pronto rodó por un agujero—cayó rodando, mejor dicho, al fondo de una caverna.

Creyó que no iba a concluir nunca de bajar. Al fin llegó al fondo, y se halló bruscamente ante una víbora, una culebra verde de lomo color ladrillo, que la miraba enroscada y presta a lanzarse sobre ella.

En verdad, aquella caverna era el hueco de un árbol que habían trasplantado hacía tiempo, y que la culebra había elegido de guarida.

Las culebras comen abejas; que les gustan mucho. Por esto la abejita, al encontrarse ante su enemiga, murmuró cerrando los ojos:

—Adiós, mi vida! Esta es la última hora que yo veo la luz.

Pero con gran sorpresa suya, la culebra no solamente no la devoró sino que le dijo:

—¿Qué tal, abejita? No has de ser muy trabajadora para estar aquí a estas horas.

—Es cierto—murmuró la abeja.—No trabajo, y yo tengo la culpa.

—Siendo así—agregó la culebra burlona—voy a quitar del mundo a un mal bicho como tú. Te voy a comer, abeja.

La abeja, temblando, exclamó entonces:

—No es justo, eso, no es justo! No es justo que usted me coma porque es más fuerte que yo. Los hombres saben lo que es justicia.

—¡Ah, ah!—exclamó la culebra, enroscándose ligero.—¿Tú conoces bien a los hombres? ¿Tú crees que los

hombres, que les quitan la miel a ustedes, son más justos, grandísima tonta?

—No, no es por eso que nos quitan la miel—respondió la abeja.

—¿Y por qué, entonces?

—Porque son más inteligentes.

Así dijo la abejita. Pero la culebra se echó a reír, exclamando:

—¡Bueno! Con justicia o sin ella, te voy a comer; apróntate.

Y se echó atrás, para lanzarse sobre la abeja. Pero ésta exclamó:

—Usted hace eso porque es menos inteligente que yo.

—¿Yo, menos inteligente que tú, mocosa?—se rió la culebra.

—Así es—afirmó la abeja.

—Pues bien—dijo la culebra—vamos a verlo. Vamos a hacer dos pruebas. El que haga la prueba más rara, ese gana. Si gano yo, te como.

—¿Y si gano yo?—preguntó la abejita.

—Si ganas tú—repuso su enemiga—tienes el derecho de pasar la noche aquí, hasta que sea de día. ¿Te conviene?

—Aceptado—contestó la abeja.

La culebra se echó a reír de nuevo, porque se le había ocurrido una cosa que jamás podría hacer una abeja. Y he aquí lo que hizo:

Salió un instante afuera, tan velozmente que la abeja no tuvo tiempo de nada. Y volvió trayendo una cápsula de semillas de eucalipto, de un eucalipto que estaba al lado de la colmena, y que le daba sombra.

Los muchachos hacen bailar como trompos esas cápsulas, y les llaman trompitos de eucalipto.

—Esto es lo que voy a hacer—dijo la culebra.—Fíjate bien, atención!

Y arrollando vivamente la cola alrededor del trompito como un piolín, la desenvolvió a toda velocidad, con tanta rapidez que el trompito quedó bailando y zumbando como un loco.

La culebra se reía, y con mucha razón, porque jamás una abeja ha hecho ni podrá hacer bailar a un trompito.

Pero cuando el trompito, que se había quedado dormido zumbando, como les pasa a los trompos de naranjo, cayó por fin al suelo, la abeja dijo:

—Esta prueba es muy linda, y yo nunca podré hacer eso.

—Entonces, te como—exclamó la culebra.

—¡Un momento! Yo no puedo hacer eso; pero hago una cosa que no hace nadie.

—¿Qué es eso?

—Desaparecer.

—¿Cómo?—exclamó la culebra dando un salto de sorpresa.—¿Desaparecer sin salir de aquí?

—Sin salir de aquí.

—¿Y sin esconderte en la tierra?

—Sin esconderme en la tierra.

—¡Pues bien, hazlo! Y si no lo haces, te como en seguida—dijo la culebra.

El caso es que mientras el trompito bailaba, la abeja había tenido tiempo de examinar la caverna, y había visto una plantita que crecía allí. Era un arbustillo, casi un yuyito, con grandes hojas del tamaño de una moneda de dos centavos.

La abeja se arrimó a la plantita, teniendo cuidado de no tocarla, y dijo así:

—Ahora me toca a mí, señora Culebra. Me va a hacer el favor de darse vuelta, y contar hasta tres. Cuando yo diga «tres», búsqieme por todas partes ¡ya no estaré más!

Y así pasó, en efecto. La culebra dijo rápidamente: «uno..., dos..., tres», y se volvió y abrió la boca cuando grande era, de sorpresa: allí no había nadie. Miro arriba,

abajo, a los lados, recorrió los rincones, la plantita, tanteó todo con la lengua. Inútil: la abeja había desaparecido.

La culebra comprendió entonces que si su prueba del trompito era muy buena, la prueba de la abeja era simplemente extraordinaria. ¿Qué se había hecho? ¿Dónde estaba?

No había modo de hallarla.

—¡Bueno!—exclamó al fin.—Me doy por vencida. ¿Dónde estás?

Una voz que apenas se oía—la voz de la abejita—salió del medio de la cueva.

—¿No me vas a hacer nada?—dijo la voz.—¿Puedo contar con tu juramento?

—Sí—respondió la culebra.—Te lo juro. ¿Dónde está?

—Aquí—respondió la abejita, apareciendo súbitamente de entre una hoja cerrada de la plantita.

¿Qué había pasado? Una cosa muy sencilla: La plantita en cuestión era una sensitiva, muy común también aquí en Buenos Aires, y que tiene la particularidad de que sus hojas se cierran al menor contacto. Solamente que esta aventura pasaba en Misiones, donde la vegetación es muy rica, y por lo tanto muy grandes las hojas de las sensitivas. De aquí que al contacto de la abeja, las hojas se cerraran, ocultando completamente al insecto.

La inteligencia de la culebra no había alcanzado nunca a darse cuenta de ese fenómeno; pero la abeja lo había observado, y se aprovechaba de él para salvar su vida.

La culebra no le dijo nada, pero quedó muy irritada con su derrota, tanto que la abeja pasó toda la noche recordando a su enemiga la promesa que había hecho de respetarla.

Fué una noche larga, interminable, que las dos pasaron arrimadas contra la pared más alta de la caverna, porque la tormenta se había desencadenado, y el agua entraba como un río adentro.

Hacía mucho frío, además, y adentro reinaba la oscuridad más completa. De cuando en cuando la culebra sentía impulsos de lanzarse sobre la abeja, y ésta creía entonces llegado el término de su vida.

Nunca, jamás, creyó la abejita que una noche podría ser tan fría, tan larga, tan horrible. Recordaba su vida anterior, durmiendo noche a noche en la colmena bien calentita, y lloraba entonces en silencio.

Cuando llegó el día, y salió el sol, porque el tiempo se había compuesto, la abejita voló y lloró otra vez en silencio ante la puerta de la colmena hecha por el esfuerzo de la familia. Las abejas de guardia la dejaron pasar sin decirle nada, porque comprendieron que la que volvía no era la paseandera haragana sino una abeja que había hecho en sólo una noche un duro aprendizaje de la vida.

Así fué, en efecto. En adelante ninguna como ella recogió tanto polen ni fabricó tanta miel. Y cuando el Otoño llegó, y llegó también el término de sus días, tuvo aún tiempo de dar una última lección antes de morir, a las jóvenes abejas que la rodeaban:

—No es nuestra inteligencia sino nuestro trabajo quien nos hace tan fuertes. Yo usé una sola vez de mi inteligencia, y fué para salvar mi vida. No habría necesitado de ese esfuerzo, si hubiera trabajado como todas. Me he cansado tanto volando de aquí para allá, como trabajando. Lo que me faltaba era la noción del deber, que adquirí aquella noche.

Trabajen, compañeras, pensando que el fin a que tienden nuestros esfuerzos—la felicidad de todos—es muy superior a la fatiga de cada uno. A esto los hombres llaman ideal, y tienen razón. No hay otra filosofía en la vida de un hombre y de una abeja.

HORACIO QUIROGA

(Cuentos de la selva).



RICARDO PALMA

Las "Tradiciones peruanas"

PÓSTUMA, completa, escrupulosa, documentada, majestuosamente distribuida en seis gruesos volúmenes, patronada por el Gobierno de la República del Perú, la nueva edición de las *Tradiciones* de Ricardo Palma, que hoy, en Madrid, están dirigiendo sus hijas, bien merece el nombre de edición nacional. Aunque nacional no es palabra que me guste, tratándose de instituciones de espíritu en que han comulgado, de uno u otro modo, con España, sus Américas. (Y en los demás casos, tampoco aquella palabra me place en demasía...) *Imperial* debiera decirse, que no *nacional*; siquiera por todo aquel que no se figure que imperialismo es siempre cosa de sables y de cañones y de tener a la gente metida en un puño.

Pero tampoco, considerada en sí misma la obra de Ricardo Palma ofrece, a despecho de una superficial apariencia, ningún sentido de nacionalismo cerrado. Es, al contrario, abierta, tolerante, unificadora. Tanto como peruana, española y hasta francesa, en ciertos matices. Muy auténticamente popular—y lo popular auténtico se ríe de fronteras—y a la vez muy auténticamente académica—y lo académico auténtico, si no ríe, sonrío... Todo, menos burguesa. Todo, menos recelosa y avara. (*Burgués* es, por definición, el que levanta tapias en los confines, para seguridad de lo que cae dentro.)

Algunos críticos americanos han podido insinuar censura contra Ricardo Palma por su evidente enternecimiento ante las cosas del período colonial. «No faltará quien diga—ha escrito alguien—que no fué prudente esa re-

surrección, casi glorificada, de una época, de que, a la nueva, no le convenía acordarse sin reservas...» En esta *imprudencia*, que debe llamarse *generosidad*, encuentro uno de los mayores encantos y una de las mayores dignidades de las *Tradiciones*. Sin supersticiosas asepsias, me gusta el patriotismo verdadero: como sin remilgos pedantes es la verdadera aristocracia.

Hace cuarenta años, y para dotar a su Lima querida de una Biblioteca decorosa, Ricardo Palma se hizo bibliotecario, y propagandista, y apóstol, y no vaciló en volverse hasta mendigo, para compadecer la necesidad pública de instrumentos de lectura y estudio con la penuria de los medios materiales puestos oficialmente al servicio del propósito. Hazaña de patriota fué aquélla. Quien tal cumplió empujado por el sentimiento de patria, bien puede permitirse dejar que su buen gusto y su buen humor y otras bondades suyas pasen un poco por alto aquellos dogmas separatistas de «tiranía» y «tiranos», de «ominosa opresión», de «yugo extranjero», de «independencia», de «cadenas» y otros ripios.

Sobre cosas del Perú español escribía voluptuosamente Ricardo Palma... Para la verdadera libertad del Perú, Ricardo Palma compraba y mendigaba libros.

Rectificaciones. Precisiones

He visto reproducido con frecuencia en publicaciones peruanas una muy anterior glosa mía sobre tan simpática figura. Como veo que tal nota se reproduce siempre con cierta errata, me permitiré aprovechar la ocasión brindada hoy por el tema para hacer algo por la corrección de la misma.

(Y todavía encuentro ahora, al lado de esta ocasión dorsal, una ocasión marginal, para introducir, en un paréntesis, otra corrección. En unas glosas del *ABC* se llamaba a Eduardo Torner, colector de las *Cuarenta canciones españolas*, «músico y filósofo». *Filólogo*, debía leerse. Nunca hago estas rectificaciones, pero en el caso presente se trataba de una persona y de la calificación de una persona.)

Debo decir, pues, que mi vieja nota sobre Palma la hacía, en el texto original, cabalgar entre dos siglos, «ninguno el nuestro». En las reproducciones, aparece en lugar de esta negación, un encarecimiento: «Principalmente, el nuestro», se lee en ellas.

No. Nuestro siglo es el xx; y, aunque este siglo nuestro se encuentra, en algunos puntos, camino de enmienda, está poco preparado—a no ser en alguno de sus hijos de sensibilidad más

Glosas

avanzada, más reaccionaria y más fina—para regalarse sinceramente en la integridad de las *Tradiciones*. Los dos siglos que le corresponden a Palma son el xviii y el xix. Tiene de este último la pasión por el fluir del espíritu popular, el culto a la espontaneidad, la sabiduría en *folk-lore*. Tiene, en cambio, del Setecientos, el academicismo, la irreverencia, la malicia aristocrática.

«Recogió la tradición de la vieja y se mofó de la superstición, en la boca del sacristán.» Así podía escribirse en una lápida o monumento dedicado al autor de las *Tradiciones peruanas*. Este podía ser también el lema de la edición nacional, imperial, cuyos dos primeros volúmenes, ya aparecidos, anuncian en la república—en la *imperial república*—de nuestras letras, una fiesta muy grata.

El Perú, sombra de Virreyes
Magnificencias y venenos

El enamorado del amor siente la nostalgia de todos los besos que un día estuvo a punto de dar y que no dió. El apasionado viajero, la de todos los países que estuvo a punto de visitar y no visitó.

Me habían anunciado a Córdoba, la de la Argentina, como una ciudad con mucho sabor colonial y español. Colonial, tal vez sí; español, no tanto. Hay en los aspectos urbanos de esta Córdoba mucho de ultramar y de factoría.

Más sutilmente española en sus aspectos es seguramente la ciudad de Santa Fé. En un sólo convento de Franciscanos de esta ciudad, y en un techo de este convento de Franciscanos, hay más españolismo óptico que en toda la promiscua documentación arqueológica de la casita del Virrey cordobesa.

La sombra de los Virreyes había que ir a buscarla al Perú. (...Y antes, mi infancia había conocido un poco de esta sombra, extraviado entre los follajes de la Rambla barcelonesa, donde se ostenta—gracia singular de la urbe—el *Palacio de la Virreina del Perú*.)

Una sombra así, al pintor Paúl Gauguín, por ejemplo, pudo magnificarle y envenenarle a la vez toda la vida. Ardientemente curioso de ciertas experiencias, un día hubiera querido probar, en mi sensibilidad, la sensación, siquiera efímera, de esta venenosa magnificencia y de este magnífico veneno.

No pudo ser. Y el Perú sigue todavía siendo para mí lo que, para el enamorado del amor, el beso que estuvo a punto de darse y no se daba.

EUGENIO D'ORS

(A B C. Madrid).

Vargas Vila visto de cerca

Viajando de incógnito. - Cómo escribe sus libros. - Vargas Vila y la moral. - El apóstol burgués.

NOCHE profunda, afuera. En el *fu-moir* del «Re Vittorio» el elemento masculino del pasaje trata de engañar las interminables horas de alta mar disolviendo su tedio en caprichosas nubes de humo. La taciturna nostalgia con que, hace apenas media hora, hemos perdido de vista la maravillosa bahía de Río de Janeiro, ha desaparecido para dar lugar a una femenina ansiedad de charla. Parece mentira que personas serias digan tantas tonterías con el sólo objeto de espantar el silencio. A pesar de esforzarme en ello, no estoy entrenado aún para esta pirotecnia de imbecilidades con la que hay que tratar después del segundo día de navegación.

Cambio de rueda En un rincón apartado, lo más lejos posible de un infame terceto que parece haber declarado guerra sin cuartel a todos los compositores clásicos y modernos, escuchamos la palabra de un extraño pasajero.

Ha subido en Barcelona; nadie sabe cómo se llama, porque ni siquiera su nombre figura en la lista. Aparte este detalle, por demás extraño, el hombre es amabilísimo; tiene una palabra oportuna para todos y una agudeza siempre pronta para esquivar las preguntas indiscretas que, a la verdad, no escasean. ¶

Esta noche, así me lo han dicho algunos flamantes amigos de a bordo, el desconocido está más locuaz que de costumbre. El tema lo vale: se habla de la mujer. Sobre ella, el arco iris de su alma complicada, sobre su nefasta influencia en la vida intelectual del hombre se extiende el desconocido, dando a sus palabras todo el color que su voz o su cara, un tanto impasible, no prestan.

Pero... Estas ideas,

tan originales, tan acres, tan de... Uno de los oyentes me da la solución o mejor dicho, me quita de la boca las palabras que iba a pronunciar:

—Esas ideas, si no me equivoco, se parecen mucho a las de Vargas Vila...

—Son mías...

—Serán. Pero en la novela *Ibis*...

—Es que Vargas Vila soy yo...

Y he aquí que se comprueba aquello de que «Dios da pan a quien no tiene dientes»... Vargas Vila, el pan; el desdentado, yo. Conozco más de un lector y muchas docenas de lectoras que darían lo que no tienen por estrecharle la mano y hacerle catorce preguntas estúpidas al hombre que

los ha arrebatado horas y horas en el vuelo de su extraña prosa.

Hagamos su ficha antropométrica. Aunque perfectamente conservado, el gran escritor colombiano ha pasado los sesenta años (indiscreción de su sobrino, que lo acompaña). Pero si es verdad que se tiene la edad que se representa, Vargas Vila no cuenta más que cuarenta y cinco. Hay en toda su persona una vida peculiar, resplandor de inteligencia que se concentra sobre todo en los ojos que pueden ser verdes o grisis, pero que ríen continuamente acompañando la metralla de ocurrencias que sale de su boca. Viste con la elegancia sobria del hombre que ha vivido mucho y sabe del goce de la

seda por la seda. Pocas joyas pero de gran valor, antiguas y muy artísticas, brillan en sus manos, nerviosas, manos que, escribiendo han hecho llorar, han hecho reír, provocando rebeldías de seres humildes, anonadando a grandes y acompañando más de una vez al suicida que impuso el asco de la vida al animalesco instinto de vivir.

Vargas Vila habla en voz baja, siempre. Su tono de voz es uno, sereno, plácido, sin arranques ni efectos teatrales. Pero la frase está siempre pronta; diríase que adivina las preguntas antes de hacerlas, tal es la rapidez y la oportunidad de sus respuestas. Y se desesperará el interlocutor buscando un terreno científico, literario, político, en el que el hombre desmaye. De todo tiene las últimas noticias y un juicio hecho, como si su mente fuera un formidable archivo con casillero, números, letras e índice y sin archivero que descomponga el orden.

Vargas Vila escribiendo interesa. Hablando seduce y eleva; más de una vez, sin que el audi-



¡YO!

Caricatura de VARGAS VILA

(Por GARCÍA CABRAL).

(Pasa a la página 380).

Voltaire y Unamuno

Don Quijote y San Ignacio de Loyola

1

QUIÉN no se siente desazonado leyendo a los comentaristas dogmáticos, serios y orondos del *Quijote*?

¿Pero quién no se siente envuelto en la suave caricia del más puro deleite espiritual, al saborear las páginas que Paul de Saint Victor o Miguel de Unamuno dedican al maravilloso romance?

Tal decía al comentar el último libro de Horacio Maldonado.

La *Vida de Don Quijote y Sancho*, en efecto, vale por toda la literatura cervantina.

Las cuatrocientas sesenta y ocho páginas de esa obra jugosa, sincera, honda, son un desquite de las necedades de los pedantes —¡ah Montaigne!— de los eruditos, atiborrados de ciencia, que como sabuesos se largan tras las palabras del manco, para cazarlas en su sentido íntimo, para interpretarlas, para saber lo que quieren decir, ya que lo que dicen es bien claro, como expresión de un pensamiento de clara simplicidad.

Unamuno, que es uno de los grandes ensayistas actuales, no en España, en el mundo, no pretende averiguar el sentido oculto del *Quijote*, apenas se propone decirnos—y lo dice de sin par manera—lo que ha pensado leyendo el *Quijote*.

Ganivet, que fué—diré con sus palabras—«uno de los pocos que pensaron en España», como el maestro salmantino lo es hoy, decía en su *Idearium español*:

«No existe en el arte español nada que sobrepuje al *Quijote*, y el *Quijote*, no sólo ha sido creado a la manera española, sino que es nuestra obra típica, la «obra» por antonomasia, porque Cervantes no se contentó con ser un «independiente», fué un conquistador, fue el más grande de todos los conquistadores, pues mientras los demás conquistadores conquistaban países para España, él conquistó a España misma, encerrado en una prisión. Cuando Cervantes comienza a idear su obra, tiene dentro de sí un genio portentoso; pero fuera de él no hay más que figuras que se mueven como divinas intuiciones; después coge esas ideas y las arrea, pudiera decirse, hacia adelante, como un arriero arrea sus boricos, animándoles con frases desaliñadas de amor, mezcladas con palos equitativos y oportunos. No busquéis más artificio en el *Quijote*. Está escrito en prosa y es como esas raras

poesías de los místicos, en las que igual da comenzar a leer por el fin que por el principio, porque cada verso es una sensación pura y desligada, como una idea platónica».

He ahí el más admirable trasunto de esa «obra».

«El genio», para los antiguos, no está precisamente dentro del escritor, está por encima o por detrás, y es el que vivifica con su soplo y empuja y hace andar y hablar a los fantasmas—«divinas intuiciones»—que crea, para que encarnen sus pensamientos.

El escritor, que diremos genial, no es un sabio por los conocimientos que ha podido almacenar, catalogándolos en su entendimiento o en su memoria. La sabiduría no le viene de fuera, de los demás, le surge de muy adentro, y es hasta reacia a toda regla, a veces desordenada, manifestándose en «frases desaliñadas», con las que nada tiene que ver la gramática oficial. Da lo mismo leerles por el fin que por el principio, pues que la sustancia no está en el conjunto si no en cada una de sus partes, y cada palabra vale, no como sonido, sino como idea.

¡La erudición de Cervantes!

¿Qué estudió, dónde estudió, cómo estudió?

¡Toavía lo están discutiendo los doctos cervantistas!

Pero lo cierto es que lo más flojo, lo más artificial, lo que menos vale de su obra es lo que pudo haber aprendido en alguna parte, lo que le enseñaron los que nada podían enseñarle.

Lo suyo es lo grande.

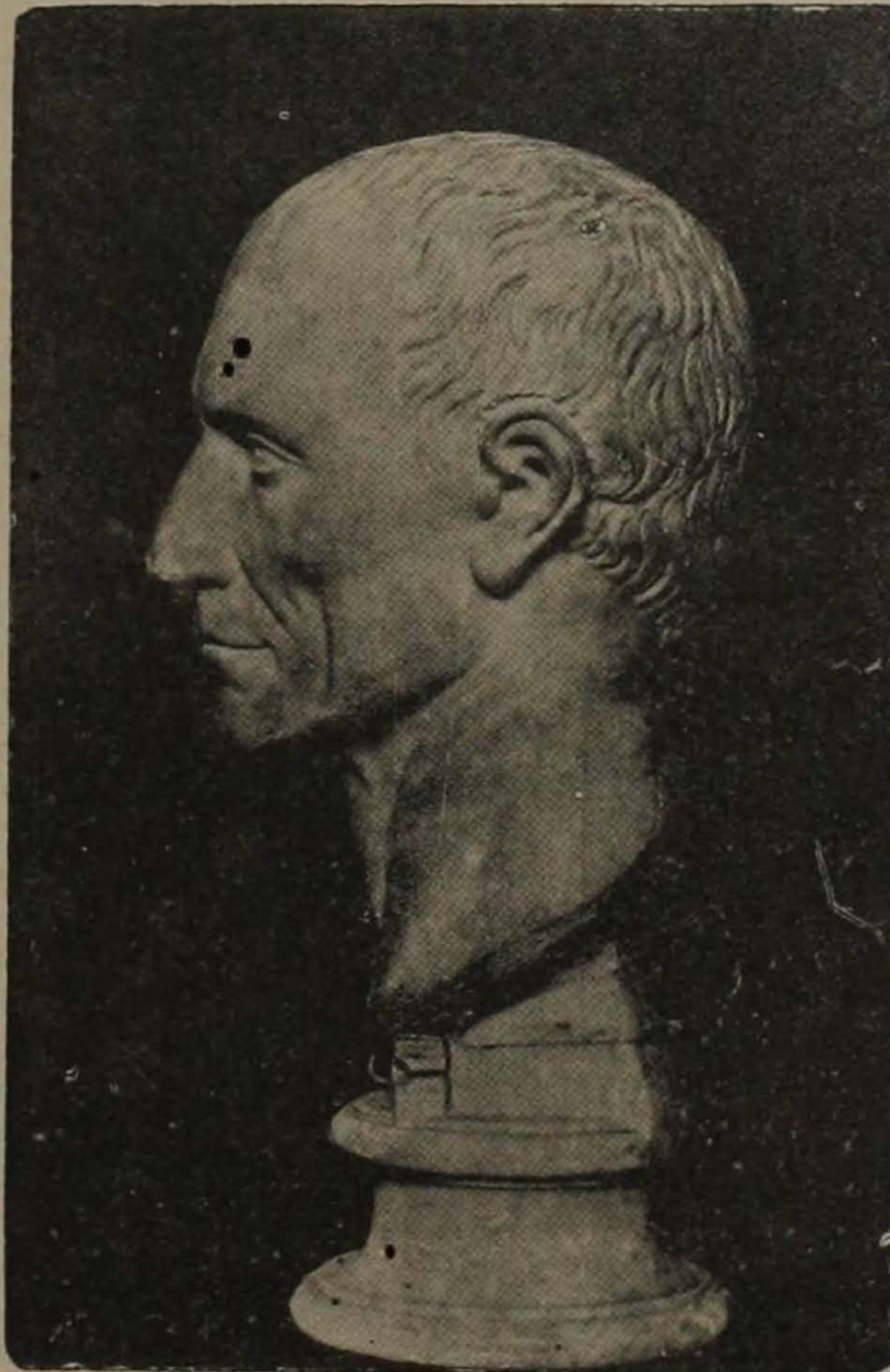
Y de eso no se ocupan sino los que, como Unamuno, tienen algo suyo dentro de sí, y lo dan, sin darse cuenta, con la inconciencia con que hombres de su estirpe ponen en lo que escriben, al escribir, el zumo de su pensamiento.

He aquí el secreto de la originalidad del libro del vasco formidable.

Alma gemela de la de Ganivet, al leer el *Quijote* fija en sus páginas las largas resonancias que las palabras de Cervantes dejan en su espíritu, escribiendo así, sin que se propusiera hacerlo, una como continuación del *Idearium español*. No estudia, en realidad, el *Quijote*, al pasar revista a cada uno de sus capítulos, estudia el alma española, ahonda en sus profundidades, la contempla en todas sus manifestaciones.

Su *Vida de Don Quijote y Sancho*, no es la obra de un crítico, y menos la de un erudito. Es tal vez la de un sabio, o, mejor, la de un filósofo.

Ved lo que nos dice después de leer el capítulo XLV:



Busto de JULIO CÉSAR

Museo Británico
(Galería Romana)

Anda en Europa nuestro amigo y colaborador Cornelio Hispano. De Londres, con fecha de julio 23, nos manda una tarjeta. En el anverso, el busto de Julio César y en el reverso, estas palabras:

A García Monge:

En recuerdo de los deliciosos días vividos en el Museo Británico, entre los mármoles griegos, despojos de Partenón.

HISPANO

En carta del mismo lugar y fecha, es más explícito:

«Estoy encantado en Londres, y a pesar de que me urge aprovechar el verano para ir a Bretaña, Suiza y Niza, prolongaré mi permanencia aquí por unos días más. El Museo Británico en la colección Elguí, es, naturalmente, lo que más ha absorbido mi atención y encantado el espíritu. Cuando pienso que todos esos mármoles se hubieran perdido para siempre, perdono a Elguí el destrozo que hizo del Partenón. Salvó las obras maestras de la escultura griega, pero, no cabe duda, fué un pirata».

«¿Qué les parece a vuestras mercedes, señores—dijo el barbero—de lo que afirman estos gentiles hombres, pues aún porflan que ésta no es bacía sino yelmo? Y quien lo contrario dijere—dijo don Quijote—le haré yo conocer que miente si fuere caballero, y si escudero que remiente mil veces.

«Así, así, mi señor don Quijote, así; es el valor descarado de afirmar en voz alta y a la vista de todos y de defender con la propia vida la afirmación, lo que crea las verdades todas. Las cosas son tanto más verdaderas cuanto más creídas, y no es la inteligencia, sino la voluntad, la que las impone.

«Bien hubo de verlo el pobre barbero de quien la bacía fué cuando aun no era yelmo. Primero fué Sancho, cuando Don Quijote dijo juro por la orden de la caballería que profeso que este yelmo fué el mismo que yo le quité, sin haber añadido en él ni quitado cosa alguna, quien agregó en tímido apoyo de su amo: *En eso no hay duda, porque desde que mi señor le ganó hasta ahora no ha hecho con el más de una batalla, cuando libró a los sin ventura encadenados; y sino fuera por este bacíyelmo, no lo pasara entonces muy bien, porque hubo azas de pedradas en aquel trance.*

«¿Bacíyelmo? ¿Bacíyelmo, Sancho? No hemos de ofenderte creyendo que esto de llamarle bacíyelmo fué una de tus socarronerías, no!; es la marcha de tu fe. No podías pasar de lo que tus ojos te enseñaban, mostrándote como bacía la prenda de la disputa, a lo que la fe en tu amo te enseñaba, mostrándotela como yelmo, sin agarrarte a eso del bacíyelmo. En esto sois muchos los Sanchos, y habéis inventado lo de que en el medio está la virtud. No, amigo Sancho, no; no hay bacíyelmos que valgan. Es yelmo o es bacía según quien de él se sirva, o mejor dicho, es bacía y es yelmo a la vez, porque hace a los dos trances. Sin quitarle ni añadirle nada puede y debe ser yelmo y bacía, todo él yelmo y toda ella bacía; pero lo que no puede ni debe ser, por mucho que se le quite o se le añada, es bacíyelmo...

«¿Qué? ¿Os extraña la general pendencia por si era la bacía bacía o si era yelmo? Otras mas entreveradas y más furiosas se han armado en el mundo por otras bacías, y no de Mambrino. Por si el pan es pan y el vino vino, y por cosas parecidas. En torno a Caballeros de la fe se arredilan carneros humanos, y por llevarles el humor o por cualquier otra cosa sostienen que la bacía es yelmo, como aquellos dicen, y se vienen a las manos por sostenerlo, y es lo fuerte del caso que los más de cuantos pelean, sosteniendo que es yelmo, tienen para sí que es bacía...

«En pocas aventuras se nos aparece Don Quijote más grande que en ésta en que impone su fe a los que se burlan de ella, y los lleva a defenderla a puñetazos y a coces y a sufrir por ella.

«¿Y a qué se debió ello? No a otra cosa que a su valor de afirmar delante de todos que aquella bacía, que como tal la veía él,

lo mismo que los demás, con los ojos de la cara, era el yelmo de Mambrino, pues le hacía oficio de semejante yelmo.

«Es el valor de más quilates, el que afronta no daño del cuerpo, ni mengua de la fortuna ni menoscabo de la honra, sino el que le tomen a uno por loco o por sandio.

«Este valor es el que necesitamos en España, y cuya falta nos tiene perlesuada el alma. Por falta de él no somos fuertes ni ricos ni cultos; por falta de él no hay canales de riego ni pantanos, ni buenas cosechas; por falta de él no llueve más sobre nuestros secos campos, resquebrajados de sed, o cae a chaparrones el agua, arrastrando el mantillo y arrasando a las veces las viviendas.

«Que ¿también esto parece paradoja? Id por esos campos y proponed a un labrador una mejora de cultivo o la introducción de una nueva planta o una novedad agrícola, y os dirá: «Eso no pinta aquí». «¿Lo habéis probado?», preguntaréis, y se limitará a repetir: «Eso no pinta aquí». Y no sabe si pinta o no pinta, porque no lo ha probado, ni lo ensayará nunca. Lo probaría estando seguro de antemano del buen éxito, pero ante la perspectiva de un fracaso y tras él la burla y la chacota de sus vecinos, tal vez el que le tengan por loco o por iluso o por mentecato, ante esto arredra y no ensaya. Y luego se sorprende del triunfo de los valientes, de los que arrostran motajos... de los que se sacuden del instinto rebañego...

«Sí, todo nuestro mal es la cobardía moral, la falta de arranque para afirmar cada uno su verdad, su fe, y defenderla. La mentira envuelve y agarrota las almas de esta casta de borregos modorros, estúpidos por opilación de sensatez.

«Se proclama que hay Principios indiscutibles y cuando se trata de ponerlos en tela de juicio, no falta quien ponga el grito en el cielo. «Estoy harto de oír llamar inoportunas a las cosas más oportunas, a todo lo que corta la digestión de los hartos y enfurece a los tontos. ¿Qué se teme? ¿Que se traben pendencia y se encienda la guerra de nuevo civil? ¡Mejor que mejor! Es lo que necesitamos.

«Sí, es lo que necesitamos; una nueva guerra civil. Es menester afirmar que son y deben ser yelmos las bacías y que se arme sobre ello pendencia como la que se armó en la veata. Una nueva guerra civil, con unas o con otras armas, ¿No oís a esos desgraciados de corazón engurruido y seco, que dicen y repiten que estas o las otras disputas a nada práctico conducen? ¿Qué entienden por práctica esas pobres gentes? ¿No oís a los que repiten que hay discusiones que deben evitarse?

«No faltan menguados que nos estén cantando de continuo el estribillo de que deben dejarse a un lado las cuestiones religiosas; que lo primero es hacerse fuertes y ricos. Y los muy mandrias no ven que por no resolver nuestro íntimo negocio, no somos ni

seremos fuertes ni ricos. Lo repito, nuestra patria no tendrá agricultura, ni industria, ni comercio, ni habrá aquí caminos que lleven a parte adonde merezca irse mientras no descubramos nuestro cristianismo, el quijosco. No tendremos vida exterior poderosa y espléndida y gloriosa y fuerte mientras no encendamos en el corazón de nuestro pueblo el fuego de las eternas inquietudes. No se puede ser rico viviendo de mentira, y la mentira es el pan nuestro de cada día para nuestro espíritu,

«¿No oís a ese burro grave, que abre la boca y dice: «¡eso no puede decirse aquí!» ¿No oís hablar de paz, de una paz más mortal que la muerte misma, a todos los miserables que viven presos de la mentira? ¿No os dice nada ese terrible artículo, padrón de ignominia para nuestro pueblo, que figura en los reglamentos de casi todas las sociedades de recreo de España y que dice: «se prohíbe discusiones políticas y religiosas?»

«¡Paz! ¡paz! ¡paz! Croan a coro todas las ranas y renacuajos todos de nuestro charco.

«¡Paz! ¡paz! ¡paz! Sí, sea, pero sobre el triunfo de la sinceridad, sobre la derrota de la mentira. Paz, que no una paz de compromiso, no un miserable convenio como el que negocian los políticos, sino paz de comprensión. Paz, sí, pero después que los cuadrilleros reconozcan a Don Quijote su derecho de afirmar que la bacía es yelmo; más aún, después que los cuadrilleros confiesen y afirmen que en manos de Don Quijote es yelmo la bacía. Y esos desdichados que dicen «¡paz! ¡paz!» se atreven a tomar en labios el nombre de Cristo. Y olvidan que el Cristo dijo que él no venía a traer la paz, sino la guerra, y que por él estarían divididos los de cada casa, los padres contra los hijos, los hermanos contra los hermanos. Y por él, por el Cristo, para establecer su reinado, el reinado social de Jesús—que es todo lo contrario de lo que llaman los jesuitas el reinado social de Jesucristo—, el reinado de la sinceridad y de la verdad y del amor y de la paz verdaderas; para establecer el reinado de Jesús tiene que haber guerra...

«No, ellos mismos nos han enseñado la fórmula: no caben nefandos contubernios entre los hijos de la luz y los de las tinieblas. Y ellos, los cobardes servidores de la mentira, son los hijos de las tinieblas, y nosotros, los fieles de Don Quijote, somos los hijos de la luz.

«Y volviendo a la historia, vemos que se sosegaron todos, pero uno de los cuadrilleros empezó a examinar a Don Quijote, contra quien llevaba mandamiento de prisión por haber libertado a los galeotes, y asíóle del cuello y pidió ayuda a la Santa Hermandad, pero revolvióse el Caballero contra él y por poco lo ahoga. Separáronlos, pero los cuadrilleros pedían su presa, *aquel robador y salteador de sendas y de carreras.*

«Reíase de oír estas razones Don Quijote, reíase y hacía bien en reírse, él, de quien los otros se reían; reíase con risa heroica y caballeresca, no burlona, y con mucho so-

siego los reprendió por llamar saltar caminos a *socorrer a los miserables, alzar los caídos, remediar los menesterosos*. Y allí, arrogante y noble, invocó su fuero de Caballero andante, cuya *ley es su espada, sus fueros sus bríos, sus premáticas su voluntad*.

«¡Bravo, mi señor Don Quijote, bravo! La ley no se hizo para ti, ni para nosotros tus creyentes; nuestras premáticas son nuestra voluntad. Dijiste bien; tenías bríos para dar tú solo cuatrocientos palos a cuatrocientos cuadrilleros que se te pusieran por delante, o por lo menos para intentarlo, que en el intento está el valor».

Larga la cita... Pero, no! Pedazos así de alma no tienen medida, ni pueden ser fragmentados. Aparte de que no dejan sentir su largura, tan deliciosos nos resultan y tan sugestivos y tan encantadores.

Así hace sus comentarios este maravilloso exégeta del Evangelio de la Espiritualidad.

Nos pone frente a Don Quijote y Sancho y nos hace oír el más hermoso de los diálogos, un diálogo entre él y ellos, entre su espíritu y el espíritu del libro.

Nada tiene que ver Unamuno con los raráquicos Clemencines de antaño y de ogaño.

Para leer a Cervantes no se pone las antiparras de la gramática, ni trae a cuento a griegos y a latinos.

Afirma, sí, su sinceridad, le da todo el vigor posible, y pone en función toda su sabiduría, pero su sabiduría, la realmente suya, no la que le dieron los libros, que, con ser mucha, resulta pobre ante las riquezas de su entendimiento. Y armado de estas armas, armado Caballero, se adelanta a ejercer la alta caballería del pensador, convirtiendo la fábula en realidad, buscando en la vida la interpretación de lo que dicen los personajes de la novela, buscando en la propia vida española, lo que intonsos comentaristas de campanillas buscan en el mismo libro.

A nadie se le ha ocurrido—tal vez se haga cuando haya muerto el maestro, que la tumba tiene curiosas claridades—entresacar de ese libro único en la literatura española las verdades que contiene, los pensamientos que lo integran. Sería, sin duda, lo más interesante, lo más original, lo más penetrante de toda su obra. Una continuación breve, profunda, luminosa del *Idearium* de aquel genio malogrado que ahogó en el Riga su juventud y su dolor.

Ese libro ya no sería un diálogo, sería un monólogo, sobre las más serias preocupaciones de la vida, de la suya y de la de su pueblo, libro nutrido de ideas, parco en palabras, rico de todas las riquezas del espíritu.

En su portada yo escribiría estas palabras del maestro:

«El arte no puede, ni debe ser alcahuete de la mentira; el arte es la suprema verdad, la que se crea en fuerza de fe. Ningún embustero puede ser poeta. La poesía es eterna y fecunda como la visión; la mentira es estéril como una mula y dura menos que nieve marzera».

Porque ese libro sería, todo él, poesía, pura poesía, es decir, «suprema verdad»!

2

Unamuno al hacer, a su modo, el comentario de la vida de Don Quijote, ve alzarse al lado del Caballero de la Espada, la descarnada figura de ese otro Caballero de la Cruz, que se llamó Don Iñigo de Loyola.

Le obsesiona el paralelo espiritual entre estos dos hombres, cuyas aventuras parecen igualmente fabulosas. Y acudiendo ya a Cervantes, ya a Rivadeneira, va estableciendo, a lo largo del libro, el parentesco que les aproxima y casi les confunde en una sola locura, en una sola mística exaltación de la fe.

En el capítulo primero establece el parecido físico. En el segundo parangona la salida inicial de Don Quijote y la del Santo de Loyola.

«No os recuerda», dice, «esta salida la de aquel otro caballero, de la Milicia de Cristo, Iñigo de Loyola, que después de haber procurado en sus mocedades «de aventajarse sobre todos sus iguales y de alcanzar fama de hombre valeroso, y honra y gloria militar», y aún en los comienzos de su conversión, cuando se disponía a ir a Italia, siendo «muy atormentado de la tentación de la vana gloria», y habiendo sido, antes de convertirse, «muy curioso de leer libros profanos y de caballerías», cuando después de herido en Pamplona leyó la vida de Cristo, y las de los Santos, comenzó a «trocarle el corazón y a querer imitar y obrar lo que leía»? Y así, una mañana, sin hacer caso de los consejos de sus hermanos, «púsose en camino acompañado de dos criados» y emprendió su vida de aventuras en Cristo, poniendo «todo su cuidado y conato en hacer cosas grandes y muy dificultosas...» Así nos lo cuenta el P. Pedro de Rivadeneira, en los capítulos I, III y X del libro I de su *Vida del Bienaventurado Padre Ignacio de Loyola*, obra que apareció en romance castellano en 1583, y era una de las que figuraban en la librería de Don Quijote, que la leyó, y una de las que en el escrutinio que hicieron el cura y el barbero fue indebidamente al fuego del corral, por no haber ellos reparado en ella, que a haberla descubierto habríala el cura respetado y puesto sobre su cabeza. Y de que no reparó en ella, es buena prueba el que Cervantes no la cita».

En el capítulo III, al estudiar cómo Don Quijote se armó caballero, escribe:

«Y aquella vela de armas ¿no os recuerda la del Caballero andante de Cristo, la de Iñigo de Loyola? También Iñigo, la víspera de la Navidad de 1522, veló sus armas ante el altar de Nuestra Señora de Monserrate. Oigámoslo al P. Rivadeneira: «Como hubiera leído en sus libros de caballerías que los caballeros noveles solían velar sus armas, por imitar él, como caballero novel de Cristo, con espiritual representación, aquel hecho caballeroso y velar sus nuevas y al parecer pobres y flacas armas,

mas en hechos de verdad muy ricas y fuertes, que contra el enemigo de nuestra naturaleza se había vestido, toda aquella noche, parte en pie y parte de rodillas, estuvo velando delante de la imagen de Nuestra Señora, encomendándose de todo corazón a ella...»

Y de esta guisa sigue parangonando a los dos andantes caballeros que, por tan distintos caminos, iban empujados por el mismo heroísmo, en pos del mismo fantasma luminoso.

La verdad es que, después de Don Quijote, San Ignacio es el más sorprendente caballero de la historia española. Y digo de la historia porque el santo está tan bien en la novela, como el andante caballero en la historia. El mismo Unamuno afirmó al guaa vez que Don Quijote tiene más sabor de realidad que Cervantes, de tal manera que se podría probar que el que existió fue el primero, y el fabuloso el segundo. Tal vez estaría mejor decir que el que existió fue Cervantes, del que Don Quijote fue solo un disfraz. Y podría en este caso rectificarse el paralelo con el santo, estableciéndolo entre Cervantes y Loyola, esos dos caballeros andantes del ideal, conquistadores de la vasta heredad del espíritu.

Oid, una vez más, al agudo Ganivet:

«Y tan conquistadores como Cortés o Pizarro son Cervantes, preso en Argel y comprometándose en una rebelión por España, y San Ignacio de Loyola, otro oscuro soldado, que con un puñado de hombres acomete la conquista del mundo espiritual.»

Antes que a Unamuno se impuso, pues, al pensador granadino tan trágicamente desaparecido, la afinidad de aquellas dos almas, destellos de una misma pasión, llama viva de la misma fe.

Pero lo curioso, lo sorprendente es que, siglos antes, un escritor extranjero, extraño a las intimidades del espíritu español, sorprendió, el primero, el parentesco entre el Santo guerrero y el guerrero santo que el maestro salmatino vincula estrechamente en su libro.

Es Voltaire el que escribió lo que vais a leer en su *Diccionario filosófico*, al estudiar a Loyola:

«Para conquistar gran fama y ser fundador, os aconsejo que seáis locos, pero que vuestra locura sea oportuna en la época en que vivís. En vuestra locura debe haber un fondo de razón que dirija vuestras extravagancias y que os haga ser excesivamente terco. Podrá suceder que os ahorquen, pero si no os ahorcan debéis abrigar la esperanza de que os erijan altares.

«¿Podéis decirme en conciencia si hubo jamás en el mundo otro hombre más digno de la casa de Orates que San Ignacio, o sea Yñigo de Vizcaya, que era su verdadero nombre? Le trastorna el juicio la lectura de la *Leyenda Dorada*, como más tarde se lo trastornan a Don Quijote de la Mancha los libros de caballerías».

¡He ahí a Yñigo y a Don Quijote de bracerero en la prosa de Voltaire!

Y ahora ved el paralelo:

«El buen Yñigo empieza por ser el caballero de la virgen, y vela sus armas en honor de su dama...»

¡Igual que Don Quijote!

«Su familia, sigue diciendo Voltaire, al ver el trastorno de sus facultades mentales, piensa en encerrarle y en ponerle a dieta; pero él se desembara de su familia, lo mismo que del diablo y huye de ella sin saber a donde. Encuentra a un moro y discute con él sobre la inmaculada concepción; el moro, que comprende su estado, le deja lo más pronto que puede. Yñigo no sabe qué hacer, si matar al moro o rezar a Dios por él, y deja que decida su caballo, que más cuerdo que él vuelve a tomar el camino del establo...»

Y escribe Unamuno, comentando la segunda salida de Don Quijote:

«Sus anhelos interrumpieronle el sueño a Don Quijote, pues hasta en sueños quiroteaba, pero volvió a dormirse. Y volvió a dormirse, para encontrarse al despertar con que Frestón, el encantador, se le había llevado los libros, creyendo el incauto que con ellos le llevaba el generoso aliento. Y en apoyo de Frestón acudió la sobrina, rogando su tío se dejase de peticiones y de ir por el mundo a buscar pan de trastrigo, sin percatarse de que es pan de trastrigo el que hace al hombre tras-hombre, o como dicen hoy, sobre-hombre. También para disuadir a Iñigo de Loyola de que se saliese a buscar aventuras en Cristo, acudió su hermano mayor Martín García de Loyola, para que no se arrojase a cosa «que no solo nos quite lo que de vos esperamos—le dijo—sino también mancille nuestro linaje con perpetua infamia y deshonor». Pero Iñigo le respondió con pocas palabras, que él miraría por

sí y se acordaría que había nacido de buenos, y salió de caballero andante».

¿Habrá leído el recio pensador vasco las páginas que cito, de Voltaire?

¡Cómo no leerlas!

Tengo por seguro que las leyó, y hasta que ellas le sugirieron el feliz paralelo entre las dos santidades, o entre las dos locuras, si queréis, ya que el matiz que diferencia estos dos conceptos es tan sutil que hasta pueden confundirse.

Precisamente es uno de los atributos del genio el don de la evocación.

En sus obras no es tanto lo que dicen, como lo que nos hacen pensar, que es una forma de hacernos decir.

Leyendo a Cervantes, Unamuno escribió su libro. Todo él salió del *Quijote*, pero no está escrito en el *Quijote*.

Y, del mismo modo, leyendo a Voltaire sorprendió al manchego junto al hidalgo de Loyola, y escribió ese admirable parangón, cuyos términos es inútil buscar en la obra del francés.

«Los grandes libros, ha dicho Paul de Saint Victor, por diferente que sea su estructura, tienen eco, como las montañas, que se contestan a través de los siglos»...

Y los grandes hombres, agregaré para terminar, son dueños en común del inmenso patrimonio espiritual, que no tiene límites para ellos, ya que de sus entrañas, aun sembrando las mismas semillas, hacen surgir frutos tan diferentes.

JUAN E. O'LEARY.

Asunción del Paraguay.

(*El Liberal*, Asunción).

NOTICIA:—Palabras del Autor al margen del recorte que nos ha enviado: «Este es el estudio cuya reproducción deseo».

Vargas Vila visto de cerca...

(Viene de la página 376).

torio se aperciba de ello, se encarama por los intrincados senderos de la filosofía vital... Sube, sube, hablando sin cesar, gozando de su propia palabra. En esos momentos cuando abre el arca de sus ideales, se me antoja un formidable socialista, un extraño socialista que ha perdido ya la visión de ricos y pobres, opresores y oprimidos, que desde allá arriba sueña con una gran sociedad, un gran mundo de Hombres. Un quimérico mundo de Almas.

Las conversaciones a bordo se hacen frecuentes e interesantísimas, en cualquier momento y sobre cualquier tema. Una vez descubierta su personalidad el gran escritor colombiano prodiga su palabra.

—Confiese una cosa, si es usted franco—me dice, fijando en mí sus ojillos verde-azules.

—Usted dirá... —le respondo.

—Estoy seguro de que se ha llevado una desilusión, conociéndome...

—Nada de eso. No le oculto, sin embargo, que me lo figuraba muy de otra manera...

Vargas Vila sonrío con cierta complacencia.

—No es la primera vez que lo oigo decir, mi querido amigo. Ni será la última. Porque tengo la suerte de ser un hombre con leyenda. No puede usted imaginarse lo curiosa que resultaría una colección de las que han hecho correr sobre mi persona.

—¿Agradables?

—Surtidas: buenas, malas y peores...

—¿Y usted?...

—No me molestan. La leyenda es la zarza en la cueva del león; impide la entrada de las alimañas con su sola presencia. Además, la historia es patrimonio común y vulgarísimo. Historia tiene cualquiera: basta fijarse en la cédula de identidad. Leyenda, no:

es uno de los factores de la popularidad, por horrible y calumniosa que sea.

Mi cara debe haber reflejado cierta perplejidad, porque inmediatamente agrega:

—¿Qué quiere usted que haga?... Sería un insincero si no le confesara que las leyendas que me rodean constituyen una de mis vanidades. Le advierto que ya no les queda nada por decir. Me han hecho alcoholista, jugador, petrimetre, millonario; han dicho que gozo cuando mis libros producen algún mal. Me han pintado intolerante e intolerable, cuando no han llegado a convertirme en un verdadero monstruo. Pero los que me calumnian son enemigos míos. Y yo cultivo mis enemigos...

—¿...?

—Sí. Créamelo: la fama sólo florece en la tierra que riegan nuestros enemigos. En todo hombre se esconde un pequeño Quijote y alegra poder ensalzar a un semejante calumniado y maltratado injustamente. Y ya que nuestra inmodestia no nos permite hacerlo espontáneamente, de vez en cuando es bueno que nos sienten a la fuerza en los últimos puestos del convite evangélico para que el público, magnífico señor del cuento, nos coloque a su derecha. De paso quedan desocupados los lugares de la cola, a los que se prenden desesperadamente los críticos, que de otra manera quedarían fuera de la mesa.

—¿Están los críticos entre sus eficaces enemigos?...

—Algunos; muchos; casi todos... Pero aun hay quien, conociendo mis ideas al respecto y queriendo hacerme daño, habla bien de mis libros...

—Sus libros... Hábleme usted de ellos, maestro.

—¿Qué quiere usted que le diga?... Los escribo con toda mi alma. Los escribo como los pienso; creo que esa es su fuerza. No traiciono mi idea para no traicionar a los que me leen. Por otra parte, ya lo he dicho en mis prólogos, nunca he ejercido la autocritica en el sentido de juzgar mis libros. Ese valor de cirujano loco, abriendo el vientre de su propio hijo y extrayéndole las entrañas para mostrar a los curiosos cómo circula la sangre en ellas no me ha tentado jamás.

—Sin embargo, defender la propia obra...

—¿Defender mi obra?... ¡Una debilidad que nunca he tenido!

Vargas Vila hace una pausa. Parece que he tocado un tema que le interesa. Sin mirarme, agrega:

—¿Qué objetan de mis libros?

—Una extraña gramática... —me atrevo a decir.

—¡La mía! El más adaptado estu-

che para mis ideas, que también son más...

—... la moral...

—¡La moral!... ¡La moral!... Tal como la entienden ellos, es la virtud de los rebaños y el solo genio de los Tartufos. Por eso mis libros no tienen moral. Ni yo tampoco... Escribo dando la espalda a esa moral, ya que está frente a frente con la Verdad a la que doy la cara...

Casi ha perdido la serenidad mi ilustre interlocutor. Pero su indignación no dura más de un instante. Y volviendo a su eterna, impasible sonrisa, en voz baja concluye:

—Es porque mis libros no son morales, por lo que son tan puros.

—¿Como escribe usted sus obras?...

Vargas Vila vuelve a acentuar su sonrisa.

—Otra desilusión, mi querido amigo... Otra vez el autor que los lectores no imaginarán al través de su obra. Soy lo que se llama un perfecto metódico y un solitario *enragé*...

—Nadie lo diría...

—¿Verdad que no?... Pues vea usted: escribo de mañana, sólo de mañana y todas las mañanas...

—¿Temprano?

—De ocho a doce y media. Luego un paseo a pie de tres horas, exactamente, que me lleva por lo común al límite de la ciudad en que me hallo. En todo el día no vuelvo a leer ni escribir una línea.

—¿Y de noche?

—Aunque le parezca exagerado, le puedo asegurar que hace quince años no salgo de mi casa por las noches. Y este hábito me seguirá en los que me queden de vida...

—¿Es usted partidario de la soledad?

—¿Partidario ha dicho?... Enamorado, adorador de la soledad. Creo que no hay visión exterior que pueda competir con la belleza de los paisajes interiores. Y, sobre todo, con la emoción de la cuartilla inmaculada sobre la cual adivinamos, vemos antes de escribirlo, nuestro pensamiento plasmado.

—Pero... y el público, ¿qué papel juega en esos sus regocijos de cenobita?...

—Ninguno, en el momento de la creación... Escribo para mí, solo para mí. Pienso y escribo. Por eso mis cuartillas no tienen nunca una corrección. Por eso a mi prosa la llaman original y muchas veces la gramática de mis páginas inspira serias dudas a los críticos académicos.

—¿Planea usted sus novelas?...

—Sí, y además no las abandono hasta concluir las.

—¿De un tirón?...

—Es la expresión, sí. Y eso sólo se puede hacer huyendo del mundo y de sus distracciones. Precisamente no ha-

ce mucho concluí un trabajo del que estoy satisfecho. Después de haber escrito cincuenta y seis volúmenes, me dediqué a escribir un prefacio para cada uno. No puede imaginarse el esfuerzo que representa recordar una por una las circunstancias en que se han escrito medio centenar de libros. Renovar paisajes antiguos que yacen desde hace años en el recuerdo; poner en el decoro los mismos árboles, los mismos arroyos, el mismo cielo que nos inspiró aquellas páginas, de treinta años ha...

Ya he sido curioso. Comienzo a ser impertinente:

—¿Recibe usted cartas de sus lectores?...

—Muchas. Especialmente de mis lectoras.

—¿Interesantes?...

—Algunas sí. Vidas enteras me han sido reveladas al través del secreto epistolar.

—¿Las contesta?

—No todas. Cuando veo que mis consejos pueden ayudar o dar alguna orientación. No todos, pero muchos de mis personajes han salido de una carta.

—¿Cree usted con Pirandello en la independencia del personaje?

— ¡Cómo no he de creer!... Esa independencia es lógica, puesto que dichos personajes no los inventamos aun cuando nos imaginamos lo contrario,

sino que los tomamos de la vida misma.

Vargas Vila es un apóstol de la verdad. Un apóstol burgués. Que un escritor no necesite renovar sus pagarés es una gran cosa, indiscutiblemente. Los mayores enemigos de la verdad en la literatura son los caseros y los proveedores. El gran escritor colombiano es rico; sus libros, aunque buenos, le han dado mucho dinero. Y ello nos da la seguridad de que las claudicaciones que no han sido no serán. De su fuerte personalidad moral emana un poder de convicción casi hipnótica. Por eso es agradable hablar con Vargas Vila, que es como leer páginas de sus libros, no publicadas.

Se siente uno elevar insensiblemente a regiones de Verdad, de Justicia. Se ama el amor y se odia el odio. Y a tanto llega la verba sugestiva del insigne colombiano, que por un momento se nos ocurren ideas de apostolado luminoso y de empresas quijotescas.

Pero estamos en alta mar. En tierra, como a bordo, también tocan una campana a la hora del alimento. Y no tenemos más remedio que esperarla. Conscientemente.

LUIS CÉSAR AMADORI

En alta mar, 1924.

(Lecturas Dominicales, Bogotá).

Canción de Juventud

Tejamos las danzas alegres
en torno a las mudas estatuas de mármol,
porque es fervorosa la sangre
que en nuestras venas golpea, cálida!

Subamos las verdes colinas,
arde el sol tras las altas montañas:
que al salir de su nido celeste
en la frente nos rocen las alas
de todas las bellas auroras!

Ahora en vendimias el alma
derrocha sus vinos; la Hora
se viste con peplos azules y gualda
y gira quebrando el compás de la danza
libre y ebria y loca de toda ventura!

Con frutos y flores llenemos
cornucopias, con vino las ánforas;
dejemos que todas las aves
se lleven los trigos que guardan las arcas
y a todos los vientos, cantando
las rieguen y esparzan!

Que tengan los labios canciones;
los besos, olor de manzanas.
¡Coronemos de estrellas las sombras,
coronemos de espumas las aguas!

Breve pase la noche y serena;
en cada mañana,

presta el alma al combate, sonriente,
se mida sus fuerzas con las de Atalanta!

Romeros, romeros de todo el camino,
dejemos las tierras que ya están labradas;
nosotros labramos la tierra divina,
la inmensa esperanza!

Tomad, brisa errante, la flor purpurina,
jardines de ensueño nos quedan, tomadla!
La tierra nos busca con labios sedientos,
alegres le damos todas nuestras aguas!

Dejemos al monstruo que duerme
junto al mar, con las fauces en llamas;
su impotencia nos para en las manos
la venganza de flechas y lanzas.

Llor a las bellas doncellas,
loor a las límpidas almas:
loor a los verbos pujantes,
loor a los senos que un niño amamantan!

Digamos los himnos potentes, salvajes,
de todas las fuerzas sagradas;
las fuerzas de todas las siembras,
el ardor devorante en las llamas,
la carrera en el fuerte centauro,
la potencia en las garras del águila,
el latir juvenil de la sangre,
el olor de la tierra mojada,
la tibieza amorosa en la carne,
el rugido del león en la brama!
¡Digamos los himnos potentes
de todas las fuerzas sagradas!

Lector: Si quiere usted proteger eficazmente al *Repertorio Americano*, suscríbase! Las cuatro entregas mensuales: \$ 2.00.

Soñemos con todos los sueños,
con los elfos de barbas de plata,
con la esfinge de barba pulida,
con Jehovah y el tesoro de su arca!

Sobre cada misterio pongamos
a la Diosa Athenea con sus armas...
Coronemos lo arcano con rosas,
como hacía con sus canas
el viejo Anacreonte, siempre
que hubo vino espumante en sus ánforas!
Vivamos las nobles empresas,
son nuestras las naves de Argos!
El amor y la gloria, el destino y el alma,
todo es real, pues son mozos los años,
¡ríe la fuente de aguas doradas!

¿Qué bridón nos resiste la espuela?
¿Qué ciclón nos abate las alas?
La gloria nos mira a los ojos,
los ojos de firmes miradas:
¡la gloria es como una
muchacha que está enamorada!

El amor es el gesto seguro y tranquilo
con que en la obra las manos afanan:
es el ritmo que agita la sangre,
es el alma que vive encantada!

Vivamos las nobles empresas;
digamos sagradas palabras
en loa de la vida; digamos
cómo es bueno el frescor de las aguas,
la miel de la abeja,
la brisa mojada!
La alegría de sentirse en la vida
con el alma de Adán, inviolada,
la alegría de vencer en la selva,
la alegría de la vida pagana!

Trenzemos las danzas, alegres
en torno a las mudas estatuas de mármol,
porque es fervorosa la sangre
que en nuestras venas, golpea, cálida!

CARLOS LUIS SÁENZ

Abril 20, 1924.

Otra vez Santiago

EN el capítulo XXX del *Libro de los Estados*—llamado también *Libro del Infante*—que en el primer tercio del siglo XIV escribió nuestro Infante Don Juan Manuel, nieto del rey San Fernando, después de contar-nos cómo «vino un falso ome que avía nombre Mahomat et predicó en Arabia» y cómo sus secuaces, los mahometanos se apoderaron de muchas tierras y las tenían entonces, tierras de las que eran de cristianos, «que fueron convertidos por los apóstoles a la fe de Jesucristo», añade: «Et por esto á guerra entre los cristianos et los moros, et avrá fasta que ayan cobrado los cristianos las tierras que los moros les tienen forzadas; ca quanto por la lei nin por la secta que ellos tienen, non avrían guerra entre ellos; ca Jesucristo nunca mandó que matassen nin apremiassen a ninguno porque tomase la su lei, ca él no quiere servicio forzado sinon el que se faze de buen talante et de grado».

En estas cristianas palabras del Infante castellano vemos cuán lejos se estaba en la España culta y civilizada—pues a ella pertenecía el nieto de San Fernando—de principios del siglo XIV, en los albores del Renacimiento, cuán lejos de aquella bárbara superstición pagana—o caballeresca, que es lo mismo—que produjo la leyenda de la fabulosa batalla del Clavijo, supuesta en tiempo del Rey Don Ramiro, en 844, o sea más de cinco siglos antes que escribía el noble Infante, aquella fabulosa batalla en que se dijo haber aparecido a caballo, a matar moros, el apóstol Santiago—San Jacobo—el Mayor, Santiago Matamoros.

El seso y el corazón, cristianos, civiles y españoles, del nieto de San

Fernando habían superado a la caballeresca, esto es, bárbara mentalidad de las Cruzadas que en el siglo XII fomentó el ideal caballeresco. Con razón enseñaba Leopoldo de Ranke, el gran historiador, que las Cruzadas fueron en su principio una empresa más católica—entiéndase romana—y papal que cristiana y civil y que la toma de Jerusalén fué un acto políticoeclesiástico y no cristiano. Porque el Cristo no enseñó que se tomase nada, ni su sepulcro, por la espada ni que se tratase de convertir a los infieles a cristianismo limpio. El Cristo de las Batallas—hay aquí, en Salamanca, uno, que dicen que llevaba en sus campañas el Cid, aquel guerrillero faccioso que recorría tierras de moros «al sabor del prender» y «de las grandes ganancias»—, el Cristo de las Batallas es una advocación todo lo caballeresca que se quiera, pero muy poco cristiana.

Aunque Don Quijote creyese que San Jorge, San Martín, San Diego Matamoros y San Pablo, apóstoles estos dos últimos, fueron caballeros y como tales «pelearon a lo divino» es lo cierto que andaba más cerca de la verdad cristiana el nieto de San Fernando al pensar que Jesucristo nunca mandó que se matase ni apremiase a nadie. Ni que se le fuese a quitar tierras suyas, que es muy otra cosa que recobrar las que nos hubiesen quitado. Y ni en esto se metió el que dijo que su reino no era de este mundo y huyó al monte cuando las turbas quisieron hacerle rey.

Aunque Don Quijote creyese que Saulo, luego San Pablo, iba a caballo cuando le ocurrió el suceso de su conversión camino de Damasco, lo cierto es que del relato de los *Hechos de los Apóstoles* (en su capítulo IX) no se

deduce tal cosa, ni es de creer que en aquel país y en aquel tiempo el fariseo de Tarso fuese caballero. Y mucho menos el apóstol Santiago. Ni su divino Maestro les enseñó caballería. Pues cuando El, Cristo, entró en Jerusalén en triunfo lo hizo no montado en un soberbio corcel, en un caballo de guerra, sino en un humilde borriquillo (Mat. XXI, 2-5), para que se cumpliera la profecía del profeta Zacarías (IX, 9) de que el Salvador entraría en Sión montando humildemente en un borriquillo, hijo de burra. Y así no corresponde a la genuina simbólica cristiana representar a un Apóstol montando a caballo y esgrimiendo una espada. Que el Maestro le dijo a San Pedro (Juan, XVIII, 11): «En vaina la espada!» Y dijo también (Mat. XXVI, 52) que «todos los que cojan espada a espada perecerán».

El noble Infante Don Juan Manuel, nieto de San Fernando, sabía distinguir entre lo humano, entre lo animal humano, y lo divino, lo espiritual divino; sabía dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios, y que el ir a quitar tierras a los moros podrá ser empresa cesariana, política, pero no puede ni debe ser empresa divina, religiosa. El noble Infante Don Juan Manuel, cristiano y español, sabía que la idealidad caballeresca que produjo las Cruzadas no era una espiritualidad genuinamente cristiana; sabía que en el fondo respondía a una concepción política pagana, a una religión de Estado. Y sabía que el cristianismo está por encima de las patrias.

Valga esto para los que han fingido escandalizarse de que digamos que el símbolo de un apóstol del Cristo montado a caballo y alanceando moros—u otros hombres cualesquiera—no es un símbolo cristiano, sino pagano. Y que hayamos dicho—y lo repetimos—que hacerle decir a la Virgen del Pilar que no quiere ser francesa es otra enormidad anticristiana. Con el mismo sentido una Virgen de Flandes diría que no quiere ser española. La de Guadalupe, llegada a Méjico y hecha allí mejicana, era erigida contra los españoles por las huestes indígenas que seguían a los curas Hidalgo y Morelos.

No. El San Diego Matamoros de don Quijote es un símbolo caballeresco, o sea pagano, y no lo es cristiano. El símbolo cristiano es, digámoslo con toda reverencia, pollinisco. No a caballo; en pollino entró el Cristo a Jerusalén.

Y al César lo que es del César.

MIGUEL DE UNAMUNO.

(Nuevo Mundo, Madrid).